

En real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 3 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 4 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

CATALINA MICHELON.

Continuacion.

Luego que quedó sola, levantó al cielo sus manos sexagenarias, balbuceó una plegaria y murmuró estas palabras:

—Dios mio! Dios mio! protegédla, salvádla!..

En seguida se incorporó en su cama cogió con bastante trabajo un reloj muy viejo, única joya que poseía, lo colocó delante en su cama y siguió el movimiento del horario al que acusaba de lentitud.

De vez en cuando la fatiga cerraba sus ojos y la sumergía en una especie de sueño que duraba algunos segundos, pero no tardaba en salir de él; bruscamente se despertaba sobresaltada y miraba el reloj no sin lamentarse de que el tiempo trascurriese con tan poca ligereza. En fin, dieron las seis, y Catalina no tardó en oír en la escalera, los pasos de Juana que volvía.

II.

Juana subió con la ligereza que le daban sus diez y ocho años, los setenta peldaños de la escalera. Al entrar en la alcoba de Catalina se dejó caer fatigada y sin aliento en una silla y no pudo hablar durante uno ó dos minutos; este corto intervalo de tiempo pareció un siglo á la enferma que con la mayor impaciencia tenía fijos los ojos en su protegida, y no pudiendo contener por mas tiempo su curiosidad;

—Y bien, Juana, que has visto? le preguntó, cuéntamelo todo.

—Ay! madrina mia, dejadme respirar un poco, no puedo mas; he venido del Luxemburgo casi corriendo, por que la lluvia principiaba á caer, y despues de todo está esa escalera....

Catalina, la buena y paciente Catalina dejó escapar un movimiento que parecía un ademán de cólera.

—Es, no os enfadéis, contestó Juana, ya puedo hablar; escuchadme. En primer lugar, me senté, como me encargásteis detras del árbol gordo del Luxemburgo cerca de las verjas. Desde este escondite he podido ver lo que pasaba en el jardín

de que me habíais hablado: ¡qué casa tan linda, señora Catalina! qué flores tan bellas adornan los arriates!

Catalina se mordió los labios con impaciencia.

—Pero qué has visto? qué has visto? exclamó.

—Si me confundís con esas preguntas, entonces mal podré deciros lo que vi.

—Pero dime lo que me interesa, lo que aguardo con angustia!

—Dios mio! Cómo quereis que sepa lo que os interesa? Despues de todo yo no he visto nada mas que una señora que se paseaba por el jardín con sus dos niños.

—Esa señora estaba tranquila? sus miradas no espresaban la inquietud de una persona que espera?

—Estaba sentada en un banco y cerca de ella jugaban los dos niños. Oh! madrina, que ángeles tan hermosos, la niña sobre todo!

Una lágrima brilló en los párpados de Catalina y cayó sobre sus mejillas arrugadas, y con voz un tanto alterada, añadió;

—Qué hacía esa señora?

—Ya os lo he dicho, estaba sentada en un banco y parecía ocupada en un bordado. Al principio me costó algun trabajo ver su rostro, por que estaba vuelta de espaldas á la verja.

Catalina respiró mas libremente al oír estas palabras.

—No volvía de vez en cuando la cabeza para mirar atras?

—No? jamás he visto á ninguna muger prestar mayor atencion á su labor, contestó Juana,

—Trabajaba muy deprisa? ó dejaba algunas veces el bordado?

—Había momentos en que sus manos caían sobre sus rodillas y permanecían sin hacer nada... Aguardad... recuerdo que dos veces se le cayó sobre la arena el cañamazo y dejó pasar dos ó tres minutos antes de cogerlo.

La vieja plegadora lanzó un suspiro.

—Y no has visto á ninguna otra persona?

—Si tal; poco despues llegó un caballero y se sentó al lado de la señora y estuvo hablando con ella largo rato. En seguida se levantó, y despues de haberla besado en la frente hizo otro tanto con los dos niños, subió la escalinata y desapareció.

—Y despues, despues, Juana!

—No he visto á nadie mas!

—Recuerda bien todos los pormenores... no pasó nadie por delante de la verja?

—Cinco ó seis paseantes.

—Y entre ellos no iba un jóven?

—Aguardad; quiero acordarme... Sí, vi á un jóven pasar varias veces por delante de la verja, en términos que me llamó la atención el verle pasear tanto por la calle de árboles mas solitaria del Luxemburgo.

Desde las primeras palabras que Juana había dicho acerca de este jóven, Catalina se había incorporado en la cama.

—Y la señora se volvió para ver pasar á ese caballero de quién me hablas? preguntó con ansiedad.

—No, nada de eso, tres ó cuatro veces pasó el caballero por delante de la verja marchando lentamente, y al fin se paró y dijo á media voz: «Si siguiera una miradita!»

—Y la señora, la señora?

—No volvió la cabeza, ni hizo el mas ligero movimiento; solamente me pareció que temblaba.

Y después, y después? preguntó Catalina.

—Abrieron la puerta de la gradería y el jóven continuó su paseo. Entonces principió á llover; la señora entró en la casa con sus dos niños y yo me vine de prisa, llena de inquietud por vos: he hecho muy mal en dejaros sola hallándoos enferma. Cuando lo sepan en la librería me reprenderán por mi imprudencia.

—No digas nada á nadie, Juana. Todo esto es un secreto de vida y de muerte, y solo la necesidad me ha obligado á confiarle una parte. Es menester que este secreto muera en el fondo de tu corazón; me lo prometes, no es verdad, Juana?

—Os lo prometo, madrina; por ventura desearé yo causaros el menor disgusto por nada de este mundo!

—Eres una buena muchacha, y yo te probaré mi agradecimiento.

Por ventura no os debo el hallarme ocupada en la librería, donde gano mi sustento, en lugar de mendigar como antes? No me habeis librado de la miseria y de esa vida peligrosa á que me vela espuesta? Cuando pienso en esto, me arrojaría al fuego por vos.

Catalina Michelin pasó el resto de la noche en preguntar á la jóven sobre lo que había visto en el Luxemburgo; obligábala á entrar en los menores detalles, pesaba cada una de sus palabras y parecía alternativamente satisfecha ó llena de inquietud. Al fin concluyó por dormirse, vencida por la fatiga; pero su enfermera la vió inquieta toda la noche; muchas veces los nombres de Luxemburgo y de Julieta salieron de sus labios.

Cuando á la mañana siguiente vino el médico á visitar á la enferma, la halló en un estado de convalecencia inesperada. Juana le contó en pocas palabras los síntomas que habían sobrevenido en el estado de Catalina.

—La voluntad ha podido mas que la enfermedad, dijo el médico; sin embargo conviene no renovar semejante lucha entre el alma y el cuerpo, porque el cuerpo sucumbiría en ella.

—Cuándo podré salir, doctor? preguntó alegremente Catalina,

El médico la miró estupefacto y nada respondió al principio. Examinó detenidamente la pierna rota, se aseguró de que principiaba á operarse la cicatrización y se dispuso á salir despues de haber escrito sus prescripciones, cuando Catalina le preguntó de nuevo.

—Cuándo podré salir, doctor?

El médico entonces se volvió, sentóse á la cabecera de la enferma, le cogió la mano y le dijo gravemente:

—Dios ha hecho casi un milagro en vuestro favor: dadle gracias humildemente y no os mostréis ingrata á sus beneficios. No debéis pensar en salir antes de seis semanas.

Catalina exhaló un gemido.

—Seis semanas! seis semanas! Jesús!

—A dios! le dijo el médico; veo con pesar que careceis de resignacion y de reconocimiento hácia Dios; os creía una persona pladosa y conozco que me he engañado.

—Ay! exclamó Catalina sin responderle, tal vez sin haberle oído: daría mi vida por ocho dias de salud!

Y como el médico la mirase estupefacto:

—Señor, continuó, señor doctor, decidme: podria al menos hacer que me trasladasen al Luxemburgo.

—El menor movimiento os sería fatal.

—Entonces vale mas morir, murmuró, puesto que no puedo salvarla.

—El doctor se marchó y Catalina lloró largo tiempo con amargura. Juana no sabiendo como consolarla, puso entre sus manos un rosario que descolgó de un cuadro antiguo. Catalina rezo y sus oraciones le volvieron poco á poco, sino la serenidad, al menos una especie de calma, y acabó por quedarse dormida.

A fin de no interrumpir su sueño, Juana no se atrevió á hacer el mas ligero movimiento, permaneció inmóvil largo rato, conteniendo su respiración, y no abandonó su silla mas que una sola vez y con precauciones infinitas para ir á parar la péndola del reloj, á fin de que su ruido no despertase á su madrina.

A pesar de esta precaucion, hácia las cuatro despertó Catalina sobresaltada y se quedó mirando á Juana fijamente como si tratase de coordinar sus ideas.

—Por qué no te has vestido? le preguntó: ya son las cuatro y todavía no has ido al Luxemburgo, vé, hija mia, va al punto, y no vuelvas hasta que no hayas visto entrar á la señora en su casa. Esta atenta á todo lo que pase, porque de ello se interesa mas que mi vida.

Juana obedeció á Catalina y se dirigió al Luxemburgo. Catalina trató de dormir á fin de que el tiem-

po andubiese para ella con menos leuitud hasta la vuelta de Juana; pero una agitacion febril se lo impidió; su corazon latia con mas violencia sin que ella supiera porqué; sentíase mas triste que por la mañana. Al fin alargó su mano hácia su rosario y se puso á recorrer las cuentas entre sus dedos; de repente se le cae el rosario de las manos, habia oido en la escalera el ruido de los pasos de Juana. Catalina conoció al momento que aquel ruido era mas precipitado que de costumbre y parecia anunciar que la jóven traía noticias importantes.

—Y bien? preguntó Catalina con voz trémula, mientras que la jóven se sentaba fatigada, en la silla mas inmediata á la puerta.

—Dejáme respirar un poco, señora Catalina, respondió Juana limpiándose el sudor que corria por su frente, dejáme respirar un poco.

En cuanto llegó al Luxemburgo me senté detrás del arbol gordo y me puse á mirar con toda mi atencion. La señora estaba allí, en el jardín con sus hijos; el caballero, que supongo será su marido, vino á abrazarla como la vispera y salió; ella permaneció sola en el jardín con la espalda vuelta á la verja y mas ocupada que nunca de su bordado en el cual trabajaba. En este momento, el jóven que habia visto ayer bajó del tilbury á alguna distancia de la verja exterior del Luxemburgo y se aproximó á la del jardín de la señora, miró á su alrededor y se aseguró de que nadie podría verle, pues no le vio detrás de mi arbol.... que escondite tan bueno habéis descubierto allí, señora Catalina.... entonces él se inclinó contra la reja del jardín.

—Me despreciais, dijo á media voz; no os acordais ya de lo pasado, ni aun os dignais siquiera conceder una mirada, está bien! tendreis que oír mi justificacion por cualquier medio que sea aun á costa de los mayores peligros.

Al hablar así arrojó á los pies de la señora una carta que sacó de su pecho.... y desapareció como un relámpago. Aunque yo no podia distinguir las facciones de la señora, era fácil conocer por el temblor que agitaba todos sus miembros que se hallaba sumamente turbada. De repente se abre la puerta del jardín y el marido bajó la escalinata. La pobre señora no tuvo tiempo sino para dejar caer su bordado sobre el billete y recogerlo con el cañamazo. En seguida volvió á sentarse con la cabeza inclinada. Desde mi puesto, veia su corpiño agitado vivamente por la emocion y por el miedo.

Catalina interrumpió la relación de Juana con una exclamacion de desesperacion.

—No he podido salvarla, no he podido salvarla! dijo, Dios mio! Dios mio; con que queréis que sea perdida, puesto que la única protectora que podia velar sobre ella en este mundo se halla encadenada en un lecho de dolor!

Después de un momento de silencio respondió Juana:

—No sé si debo continuar, estais tan agitada.... mucho debéis amar á esa señora, para apesa-

rambraros por que ha recibido un billete.

—Continúa, Juana, continúa.

—Apenas se habia retirado su marido cuando la dama toda trémula se levantó y entró en su casa. Sosteníase con mucho trabajo; sus hijos al verla alejarse corrieron para seguirla. Ella los tomó en sus brazos, los estrechó entre ellos con larga efusion, después subió la galeria y desapareció. Entonces me vine para sentároslo todo.

—Gracias, Juana, gracias, eres una amiga buena y fiel. Toma, toma esta cruz de oro que llevo hace muchos años, pónetela al cuello y guárdala como una prueba de mi cariño. En seguida dejó caer su cabeza sobre la almohada, cerró los ojos y pareció dormirse, mientras que la jóven miraba alegremente la cruz que brillaba sobre su pecho y que frotaba sin cesar con su delantal para aumentar mas su brillo.

Al día siguiente Catalina permaneció sombría y silenciosa hasta las cuatro de la tarde, Juana la oyó suspirar y agitarse en su cama tanto como le permitia la pierna entablillada. De repente y como una persona que se fija al fin en una resolucion largo tiempo meditada, esclama:

—Escucha, Juana. Indudablemente hoy no verás á la jóven señora en el jardín, pero el caballero del billete no puede menos de pasar por delante de la verja. Desde que lo veas, sigue todos sus movimientos; si sube en el carruaje observa bien la forma de él, el color de la librea, las iniciales pintadas en las portezuelas; en fin procura descubrir su casa y su nombre.

Juana obedeció á Catalina y no tardó en asegurarse de que las previsiones de su madrina eran exactas en todo. Los niños solos jugaban en el jardín bajo la vigilancia de una criada. La jóven dama no pareció, pero en cambio el desconocido daba paseos por delante de la verja con una impaciencia que no procuraba disimular. Su carruaje estaba parado en la calle inmediata y Juana acordándose de las instrucciones que la habia dado su protectora dejó al paseante impacientarse y se deslizó suavemente fuera del Luxemburgo. El cochero, que estaba sentado dentro del tilbury, no pudo menos de sonreirse al ver aquella jóven que se detenía delante del carruaje como para mirar su elegancia.

(Se concluirá.)

MUERTE DE JUAN GOUJON.

Encierra la catedral de Rouen, un ercuido número de sepulcros que merecen en su mayor parte fijar la atencion de los artistas é historiadores, bien se los considere por sus formas arquitectónicas ó por la celebridad de los héroes á quienes se han erigido. Aun se conservan los del temible Roberto I, Guillermo Larga espada, el del cardenal

Amboise y del Senescal de Brezé: otros no menos notables que estos, el del hijo de Enrique II de Inglaterra, el de Carlos V, llamado el Sábio, y el de Ricardo corazón de Leon han caído destruidos á impulsos de la implacable segur del tiempo.

Pero de todas la sepultura que mas resalta como monumento precioso del arte, es sin duda alguna la de Luis de Brezé, conde de Matenvrier gran Senescal de Lombardia, fallecido en 25 de julio de 1551. Este senescal era marido de la célebre Diana de Poitiers, e hijo de Jacobo de Brezé, casado con una hija natural de Carlos VII y de Inés de Sorel.

Está representado este personage tendido so-

bre un cenotáfio de mármol negro; la figura es de una perfecta ejecucion; pero desgraciadamente el tiempo la ha deteriorado bastante. En el conjunto del monumento se echa de ver que domina el gusto de construccion del siglo de Francisco I, y se compone de un ático de mármol sostenido con columnas de lo mismo y de órden corintio.

En el segundo cuerpo, hácia el centro del monumento, se vé la estatua de Luis de Brezé, revestido con su armadura de batalla y á caballo sobre un palafren cubierto con un ostentoso caparazon. A cada uno de sus costados hay dos figuras de mármol blanco de una correccion y pureza de estilo admirables. Por lo que toca al resto



del monumento, el grabado que acompaña á este artículo dá una idea exacta de todo, pues que es una fiel reproduccion suya.

Generalmente se atribuye el pensamiento que presidió á su ereccion, á Juan Goujon, artista poseido de génio y fecundidad, que ha enriquecido

la Francia con tantas obras maestras de escultura, que fué el tipo de los artistas en tiempo de Francisco I, y cuyas obras reasumen aquella época de regeneracion artistica.

Y que destino tan funesto el de Juan Goujon! Al considerar las admirables esculturas, obras de

sus manos, que decoran tantas soberbias catedrales, magníficos palacios y suntuosos monumentos, quién no imaginará que debió vivir rodeado de los honores, de la gloria y de las distinciones, deseado de los grandes, protegido de los reyes, colmado de riquezas y enagenando á peso de oro sus mas insignificantes producciones. Y á pesar de todo Juan no fué mas que un sencillo artista, sin pretensiones, sin crédito y sin gloria, deslizando sus días obscuramente, revelando solo de cuando en cuando su existencia por obras maestras que despertaban una pasajera impresion de curiosidad para caer de nuevo olvidado entre la multitud. Tan poco aprecio hizo su contemporánea generacion del hombre á quien despues de su muerte se designa como el Phidias francés y como el Corregio de la escultura! Tal es la suerte de la mayor parte

de los hombres du génio, á quien la muerte y el tiempo suele despues consagrarlos una celebridad y una memoria eterna. Qué grandeza y fuerza de alma no es menester para luchar incessantemente contra las injusticias del siglo. Agotan sus esfuerzos y su génio en el amor al arte que es para los pechos artistas casi una religion, y considerados así, qué les importa el presente si tienen fé en el porvenir?

Juan Goujon murió como habia vivido, siempre artista. En la terrible noche de San Bartolomé en 1572, sucumbió esta celebridad de un arcabuzazo que le dispararon traidoramente, mientras se entregaba á las concepciones de su fantasia sobre los andamios de la Fuente de los Inocentes, obra encomendada á su talento. Otro artista célebre tambien, ha reproducido en un lienzo pintado hábilmen-



ta y con verdad, la escena deplorable que privó á la Francia de uno de sus hombres mas escogidos. El presente grabado la reproduce.

La composicion es bellisima é inspira un profundo interés el considerar la caída de aquella noble victima de un fanatismo ignorante y estúpido, ó mas bien quizás de una ruin y execrable envidia. El pensamiento concebido de la manera mas dra-

mática posible carece á la vez de exageracion y de frialdad. El pintor parece ha adivinado el último pensamiento de Juan, retratando en su rostro la espresion de la idea que llenó de amargura su última hora; el dolor que le producía morir sin ver terminada la obra que habian comenzado sus manos.

ANDRES DEL SARTO.

Vannuchi, llamado *Andres del Sarto*, porque su padre era sastre, nació en Florencia en 1488. Como todos los grandes pintores, desplegó disposiciones maravillosamente precoces, y adquirió, joven todavía, una celebridad merecida.

Francisco I que á pesar de recientes calumnias se mostró constantemente el protector ilustrado de las letras y de las artes, supo apreciar su talento y le llamó á París para encargarle trabajos importantes.

Desgraciadamente el artista había dejado en Florencia una esposa á quien idolatraba y cuyo recuerdo le siguió á la tierra extranjera.

Rodeado de homenajes en la primera corte del mundo, llamado á todas las fiestas reales, el triste Andres del Sarto no pudo ahuyentar los pesares de la ausencia; pasó siempre pensativo é indiferente por en medio de todos aquellos locos y locas de entonces, y mirando apenas á las Diana de Poitiers y á las Chateaubriant, que procuraban consolarle con sus encantadoras sonrisas.

Los celos, la devoradora pasión de los celos se había apoderado del artista: amigos demasiado aficionados le habían escrito de Florencia que su muger le engañaba. No pudo resistir á esta idea: redoblóse su tristeza y no tuvo reposo hasta que el rey le concedió su permiso.

Francisco I que generalmente se reía de los celos conyugales, le permitió sin embargo volverse á Florencia, pero con la condicion jurada de que regresaría á su corte. Hizo mas, conió á Vannuchi, una suma considerable para comprar mármoles antiguos.

Comprometido así del Sarto por el honor, no pudo menos de empeñar su palabra de volver á Francia; pero su muger, esa esposa indigna á quien él amaba tanto, le asedió como un mal génio, le devoró su fortuna y hasta el dinero del rey, depósito sagrado, que jamás pudo restituir.

Lejos de hallar la felicidad en su patria, cayó en una melancolla mas profunda que nunca. Los desórdenes de su muger, de que desgraciadamente fué testigo, ulceraron profundamente su alma y le quitaron toda energia, toda aptitud para el trabajo.

De ordinario se le veía en el camino de *Fesola* paseándose lentamente, cabizbajo y lanzando de vez en cuando profundos suspiros. En vano sus amigos hicieron mil esfuerzos para sacarle de ese marasmo vergonzoso, en vano las mas lindas, las mas seductoras mugeres de Florencia quisieron hacerle olvidar su primer amor; permaneció sordo á todos los consejos, frio á todas las sonrisas y no pidió á Dios mas que un favor: *la muerte!* Para colmo de desesperacion, su culpable esposa se separó de él cuando le vió pobre, vivió públicamente con un *cualquiera* y todavía se atrevió á burlarse de su generosidad con caricias y lágrimas fingidas.

Desde entonces Vannuchi herido en todas sus afecciones, casi deshonrado por su falta de fe, por su ingratitude para con su augusto protector, no arrastró ya mas que una penosa y desgraciada existencia: llegó á aborrecer sus pinceles, despreció la gloria, rehusó ofertas magnificas y solamente hallaba consuelo en la punzante idea del suicidio.

No tuvo tiempo para ejecutar este fatal proyecto, porque fué una de las primeras victimas de la epidemia que se declaró en Florencia, y su ciudad natal hasta se negó á erigirle un sepulcro.

Esta injusticia fué reparada mas tarde, y el mismo rey de Francia honró su memoria.

LA HIJA DE LA VIUDA

Y EL BANDOLERO DE BORINA.

La hija de la viuda ha seguido al bandolero de Borina, el que devasta háce tres años la Poniña, y á quien apellidaban, *el rey de los montes*.

Le amó sin conocerle: el bandolero la dijo, que era un desertor, ya condenado á muerte. La compasion hirió el alma de esta infeliz jóven; por otra parte la hermosura y el valor agradan siempre á las mugeres en la primavera de su edad.

La desdichada le siguió para librarse de la vergüenza y de la cólera de su madre. Ahora anda errante por entre malezas frecuentadas por los bandidos, y comparte sus fatigas y sus riesgos. ¡Desgraciada jóven! ¡qué cara va á costarte tu imprudencia!

Ya ha dado á luz un niño, un niño hermoso que se asemeja á la madre. Mucho quiere á este ángel, que forma todo su contento, pues el bandolero ha vuelto á su humor feroz, y sus miradas horribilas las tiene siempre fijas sobre la jóven á quien el infame ha sumido en el colmo del infortunio.

Y es por que los temores destrozan su corazon, y no hay cabida en él para el amor. Su banda tan numerosa y aguerrida, ha sido al fin destrozada: las tropas que la perseguian, la vencieron en muchos encuentros, y los compañeros del jefe han perecido. La traicion entregó á muchos: otros han huido y la cabeza del capitán está pregonada en seis mil pesos: no hay labrador, arriero, ó ventero que no esté preparado y deseoso de matarle.

Solo le restan doce hombres de ochenta que eran. Resistir ya sería inutil. Dirigense presurosos á la última y mas segura de sus cuevas, hostigados muy de cerca por sus encarnizados enemigos.

Felizmente para estos prófugos, los soldados extranjeros conocen mal los caminos de aquellas montañas, pero el menor ruido puede venderlos. La pequeña partida marcha con precaucion, pró-

nunciando muy pocas palabras, y estas en tono bajo y a largos intervalos; el niño duerme en los brazos de su madre. Por último se despierta: «¡Silencio!» dice el bandolero con una bronca voz.

La infortunada dá el pecho á su inocente hijo, y le llama con dulzura y con estos nombres que inventan las madres:—¡Angel de mi corazón! ¡Rosa del paraíso! ¡gloria de los querubines! duérmete, ¡alma de mis amores!»—La desgraciada quisiera hacerle conocer todo el riesgo á que los esposos; pero el niño no comprende mas que el dolor y el hambre que provocan sus gritos.

—Muger dice el bandolero, que calle ese niño. Su vida es menos preciosa que la nuestra... haz que no vuelva á llorar.» La madre horrorizada le mira, y sin embargo aun no puede creer que los labios de un padre hayan pronunciado las espantosas palabras que acaban de resonar en sus oídos.

Las tropas han percibido el llanto del niño, y se guían por el eco, pues saben que una muger y un niño acompañan al facineroso que buscan. Ya se aproximan: oyense sus pasos; los fugitivos van á caer en manos de sus adversarios si un pronto y profundo silencio no hace perder su huellas á los que los persiguen.—«Que calle ese niño vuelve á decir el bandolero!.....

El niño ha cesado de llorar y el silencio de la tumba ha sucedido al ruido que descubria la marcha de los fugitivos.

Para salvarse con sus compañeros el tigre ha lanzado á su hijo contra los picos agudos de una roca.

La madre no vierte una lágrima: el jefe vuelva la cabeza, y sus compañeros bajan los ojos mientras aquella levanta el cadáver de su hijo para envolverle en sus ropas.

Así le lleva por algunos momentos; pero el bandolero le ordena que lo abandone. La madre insiste en llevarle hasta un parage seguro, en donde quiere darle sepultura para saber siquiera el sitio, en que duerme su último sueño el hijo de sus entrañas; pero él arranca nuevamente el niño de sus brazos y lo pone al pie de un árbol, cubriéndole sus compañeros con un poco de tierra.

Todavía no llora la madre: el facineroso que habia asesinado á su hijo la amenaza con hacerla sufrir igual suerte si le molesta con sus quejas ó con sus lágrimas. La infeliz emudece mortificándose de dolor.

Por la noche los bandidos, acabados de fatiga querían descansar un momento, pero ninguno de ellos estaba cierto de poder resistir el sueño para velar por la seguridad de los otros; la jóven ofrece mantenerse de centinela: en efecto, sus ojos encendidos, inflamados, anuncian que no puede dormir. Toma sus armas y permanece en pie al lado de los ladrones tendidos por el césped. Todos duermen. La centinela observa á uno de ellos, al matador de

su hijo; piensa en su juventud inocente y dichosa, en su madre, que tal vez ha muerto maldiciéndola, en su amor envidiado por todas las jóvenes, y que el monstruo ha pagado con todos sus desdenes; recuerda todas estas cosas, y el odio llena su corazón: ¡el odio de Italia, sombrío, terrible como los primeros fuegos de un volcan! reflexiona que aquel verdugo le ha asesinado á su hijo, y que para matarle con una barbarie tan inaudita, le ha arrancado de sus brazos. En su desesperacion esclama: ¡miserable! ¡mas cruel que las mismas fieras! ¿pudiste cometer un crimen tan negro sin temer mi venganza? ¿de ese modo te has atrevido á despreciarme.....? entonces sonriéndose descansa la boca del arma, que le han confiado en parage seguro: bien seguro..... el golpe parte..... la explosion despierta á los bandidos: la jóven huye por entre las malezas hacia el punto en que se hallaban los soldados: los ladrones no se atreven á perseguirla temerosos de caer en una emboscada.

La matadora llega donde está la tropa, pide que la presenten al comandante y le dice:—yo he muerto al bandolero de Borina, al que ha llenado de desolacion estos contornos, al tigre carnicero que los pueblos consternados llaman el Rey de los montes: á mi me pertenece la recompensa prometida por su cabeza.»

El comandante la contempla admirado y los soldados desconfían de esta muger, que reclama el precio de una traicion; pero la desventurada cuenta su terrible destino y todos la compadecen.

Conducida por ella llega la tropa al parage en donde yace el cadáver del bandolero abandonado por los otros que han precipitado su fuga.

Se entregan á la jóven los seis mil pesos; pero su madre, á quien ella los destinaba, no tiene ya necesidad de ellos: las culpas, la prostitucion de su hija la han llevado al sepulcro. Quizá sus últimas palabras habian sido una maldicion contra ella. Pero no; el corazón de una madre sufre y perdona.

Uno de los soldados, enamorado de la belleza de la jóven y tentado por el oro que acababa de recibir, la dice:—«Tu eres linda, valerosa y sabes vengarte: sé mi muger, y tendremos un hijo hermoso y fuerte como el que hoy lloras, que te consolará de tu pérdida.»

Ella lo cree y le dá su mano: pero al nacer este segundo hijo, que tanto deseaba, un espantoso delirio se apodera de sus sentidos, y sin cesar grita, que á sus ojos mismos le asesinan al hijo de sus entrañas. Desde entonces corre en su demencia al través de la campiña, escarvando la tierra con sus dedos descarnados, para buscar el cadáver del difunto infeliz de sus primeros amores.

La hija de la viuda ha seguido al bandolero de Borina. Le ha amado sin conocerlo; y cuando le conoció ya no era tiempo de separarse de él, ni fuir de un infausto destino. Ved jóvenes, el resultado funesto de los estravios de una ciega pasion.

ALMANAQUE POPULAR DE ESPAÑA, PARA EL AÑO DE 1845.

CON LINDISIMOS GRABADOS Y VIÑETAS.

Damos á continuacion una muestra de los grabados que han servido para ilustrar el Almanaque y una c6pia del indice de los artículos que contiene.

Advertencia.

Este Almanaque se ha impreso para regular á los suscritores al **Museo de las Familias** que pagan de una vez el tomo tercero que ha de principiar en enero próximo, antes del 31 del corriente. Esta circunstancia nos favorece para poderlo dar al infimo precio de **cuatro rs.**, no obstante que consta de ocho pliegos de impresion en 8.º, ó sean 128 páginas de letra compacta y buen papel, con cuatro preciosos grabados de nuestros mas acreditados artistas, tirados aparte del texto, representando las cuatro estaciones, y doce viñetas francesas alegóricas á los doce meses del año.—Los almanques de esta especie tan en voga en otros países, han llegado á ser ya en España una necesidad de la época. A los antiguos **calendarios** que solo contenian las fiestas es menester que reemplacen libros amenos que llenen aquel objeto, y el de entretener útilmente á los lectores.



El Invierno.

Indice.

Los artículos que contiene el Almanaque son los siguientes; Epocas célebres.—Cómputo eclesiástico.—Fiestas móviles.—Cuatro temporadas.—Explicacion de las fiestas móviles.—Meses del año y operaciones agrícolas para cada uno de ellos.—Solario, ó sea tabla para saber á la hora que sale y se pone el sol cada dia, y para encontrar los dos dias iguales de cada año.—Movimiento de la luna.—Las cuatro estaciones.—Astronomía.—Astrología.—Dias funestos.—Curiosas indicaciones astronómicas acerca de los siete dias de la semana.—Nociones de Quiromancia.—Consejos higiénicos.—Medicina doméstica.—Pronósticos rurales.—Pronósticos diversos.—Juegos de física recreativa.—Confesion y testamento del año 4044, relacion de los sucesos políticos y particulares mas notables, ocurridos este año.—El Progreso.—Injurias del tiempo.—El amor y el tiempo.—El abujado del ministro, novela.

Se vende nuestro **Almanaque** en Madrid en el Gabinete literario, calle del Principe, núm. 25, y en las provincias en todas las librerías corresponsales del Establecimiento tipográfico del Sr. Mellado, editor. En los mismos puntos se dá gratis el tercer prospecto del **Museo de las Familias** para el tomo y año tercero que ha de principiar en enero próximo.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO.—DE DON F. DE P. MELLADO,
calle del Sordo número 11.